



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo XLVI. Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO XLVI.

Del temeroso espanto cenceril y gatuno que recibió don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.



DEJAMOS al gran don Quijote en-
vuelto en los pensamientos que
le habia causado la música de la
enamorada doncella Altisidora.
Acostóse con ellos, y como si
fueran pulgas, no le dejaron dor-
mir ni sosegar un punto, y jun-
tábasele los que le faltaban de
sus medias; pero como es lijero
el tiempo, y no hay barranco
que le detenga, corrió caballero
en las horas, y con mucha presteza
llegó la de la mañana. Lo
cual visto por don Quijote, dejó
las blandas plumas, y no nada
perezoso se vistió su acamuzado
vestido, y se calzó sus botas de
camino por encubrir la desgra-
cia de sus medias. Arrojóse en-
cima su manton de escarlata, y
púsose en la cabeza una montera
de terciopelo verde, guarnecida

de pasamanos de plata, colgó el tahali de sus hombros con su buena y tajadora
espada; asió un gran rosario que consigo continuo traia, y con gran prosopopeya y
contoneo salió á la antesala, donde el duque y la duquesa estaban ya vestidos y como
esperándole, y al pasar por una galeria estaban aposta esperándole Altisidora y la
otra doncella su amiga, y así como Altisidora vió á don Quijote, fingió desmayarse,
y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba á desabrochar el pe-
cho. Don Quijote que lo vió, llegándose á ellas dijo: ya sé yo de qué proceden estos

accidentes. No sé yo de que, respondió la amiga, porque Altisidora es la doncella mas sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en cuanto há que la conozco: que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos: váyase vuesa merced, señor don Quijote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere. A lo que respondió don Quijote: haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laud esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere á esta lastimada doncella, que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados; y con esto se fué porque no fuese notado de los que allí le viesen.

No se hubo bien apartado, cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora, dijo á su compañera: menester será que se le ponga el laud, que sin duda don Quijote quiere darnos música, y no será mala siendo suya. Fuéron luego á dar cuenta á la duquesa de lo que pasaba y del laud que pedía don Quijote, y ella alegre sobre modo concertó con el duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese mas risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se habia venido el dia, el cual pasaron los duques en sabrosas pláticas con don Quijote: y la duquesa aquel dia real y verdaderamente despachó á un paje suyo, que habia hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea, á Teresa Panza con la carta de su marido Sancho Panza, y con el lio de ropa que habia dejado para que se le enviase, encargándole le trujese buena relacion de todo lo que con ella pasase.

Hecho esto, y llegadas las once horas de la noche, halló don Quijote una vihuela en su aposento: templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardin, y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinándola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel dia habia compuesto.

Suelen las fuerzas de amor
Sacar de quicio á las almas,
Tomando por instrumento
La ociosidad descuidada.

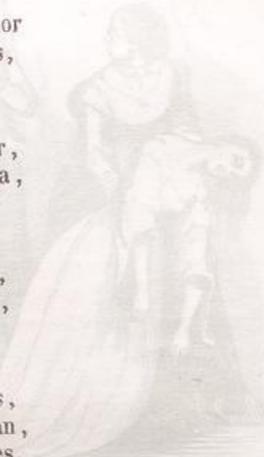
Suele el coser y el labrar,
Y el estar siempre ocupada,
Ser antidoto al veneno
De las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas,
Que aspiran á ser casadas,
La honestidad es la dote,
Y voz de sus alabanzas.

Los andantes caballeros,
Y los que en la corte andan,
Requíébranse con las libres,
Con las honestas se casan.

Hay amores de levante,
Que entre huéspedes se tratan,
Que llegan presto al poniente,
Porque en el partir se acaban.

El amor recién venido,
Que hoy llegó, y se va mañana,
Las imágenes no deja
Bien impresas en el alma.



Pintura sobre pintura,
Ni se muestra, ni señala,
Y do hay primera belleza,
La segunda no hace baza.

Dulcinea del Toboso
Del alma en la tabla rasa
Tengo pintada de modo,
Que es imposible borrarla.

La firmeza en los amantes
Es la parte mas preciada,
Por quien hace amor milagros,
Y asimismo los levanta.

Aquí llegaba don Quijote de su canto, á quien estaban escuchando el duque y la duquesa Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso desde encima de un corredor, que sobre la reja de don Quijote á plomo caia, descolgaron un cordel, donde venian mas de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traian cencerros menores atados á las colas. Fue tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los duques habian sido inventores de la burla, todavia les sobresaltó, y temeroso don Quijote quedó pasmado; y quiso la suerte que dos ó tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra, parecia que una legion de diablos andaba en ella. Apagaron las velas que en el aposento ardian, y andaban buscando por do escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba: la mayor parte de la gente del castillo, que no sabia la verdad del caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse don Quijote en pie, y poniendo mano á la espada, comenzó á tirar estocadas por la reja y á decir á grandes voces: afuera, malignos encantadores, afuera, canallahechiceresca, que yo soy don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones: y volviéndose á los gatos que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas: ellos acudieron á la reja, y por allí se salieron, aunque uno, viéndose tan acosado de las cuchilladas de don Quijote, le saltó al rostro, y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor don Quijote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el duque y la duquesa, y considerando lo que podia ser, con mucha presteza acudieron á su estancia, y abriendo con llave maestra,



vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces, y vieron la desigual pelea : acudió el duque á despartirla, y don Quijote dijo á voces : no me le quite nadie, déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender de mí á él quien es don Quijote de la Mancha. Pero el gato, no curándose destas amenazas, gruñía y apretaba. Mas en fin el duque se le desarraigó y le echó por la reja.

Quedó don Quijote acribado el rostro, y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habian dejado fenecer en la batalla que tan trabada tenia con aquel malandrín encantador. Hicieron traer aceite de Aparicio (1), y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido, y al ponérselas con voz baja le dijo : todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia, y plega á Dios que se le olvide á Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces, ni llegues á tálamo con ella, á lo menos viviendo yo, que te adoro. A todo esto no respondió don Quijote otra palabra, sino fue dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los duques la merced, no porque él tenia temor de aquella canalla gatesca encantadora y encerruna, sino porque habia conocido la buena intencion con que habian venido á socorrerle. Los duques le dejaron sosegar, y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla; que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á don Quijote aquella aventura, que le costó cinco dias de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura mas gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.

(1) Llamase así vulgarmente un aceite preparado con flores del legitimo hipérico, el cual es bueno para soldar las heridas frescas y guardarlas de corrupcion.—Laguna.—Su verdadero nombre es aceite de hipérico, y por corrupcion puede haberse dicho despues por el vulgo *Aparicio*. — Arr.

